

¿La sabiduría total al alcance de la mano?

Antonio Fernández-Rañada
Catedrático de la Complutense
(Diario ABC, Madrid, 22 diciembre 1996, p.38)

Al recibir su premio Nobel de Literatura, Wislawa Szymborska hablaba hace pocos días en Estocolmo de la actitud humilde que deben tener los creadores, resumida en “tres pequeñas palabras: yo no sé”. Como ejemplo, decía que si Newton no hubiera tomado esa actitud, no habría comprendido el significado de la caída de la manzana, probablemente no habría hecho otra cosa que comérsela. El gran físico Richard Feynman estaría de acuerdo; según él una de las bases de la cultura occidental es “el espíritu científico de aventura en lo desconocido, la convicción de que siempre hay algo incierto, es decir, la humildad del intelecto”.

Y, sin embargo, los enormes éxitos de las ciencias están llevando a muchos a creer que estamos ya muy cerca de comprender con totalidad radical las leyes de la materia, del conocimiento completo y absoluto del mundo. Así lo afirma, el gran físico norteamericano Steven Weinberg en su libro *Sueños de una teoría final*. Muchos hablan del fin de la ciencia, fallecida de su propio éxito al cumplir del todo su objetivo de hacernos como dioses, concededores del bien y del mal. Frente al humilde “yo no sé” de Szymborska, el arrogante “lo sabré todo” de Adán al comer la otra manzana. Newton dedicó muchos años a pensar por qué caen los cuerpos, reconociendo luego que sólo llegó a saber cómo lo hacen. Pero hoy la ciencia se atreve a invadir las zonas más lejanas y recónditas de la penumbra del mundo, intentando saber, no sólo por qué caen las cosas, sino incluso por qué existen. Hasta hay quien cree poder contestar a la superpregunta de Leibniz, la que nadie se había atrevido a responder: ¿por qué existe algo y no más bien la nada?

Los grandes orígenes — del universo, de la vida, de la inteligencia — parecían antes misterios inaccesibles a la ciencia. Leibniz creía que en ellos se concentraba la obra de Dios quien, tras poner en marcha el mecanismo, lo habría dejado a sí mismo sin intervenir después. Pero la ciencia les pone cerco. Parece que está cercana la explicación de cómo surgió la vida y muchos creen saber ya qué cosas son la inteligencia y el libre albedrío. Nos resulta imposible saber cómo se comporta la materia en las condiciones que creemos reinaban en el universo una fracción de segundo tras su nacimiento en el *big bang*. Pero eso no impide que muchos hablen de un universo autocreador que

surgió necesariamente de la nada, en una curiosa nueva versión del argumento ontológico de san Anselmo aplicada, no a la existencia de Dios, sino a la de la materia.

¿Estará la sabiduría total al alcance de la mano? ¿Llegará a ser innecesaria la actitud humilde de que nos habla Szymborska? Así lo llegó a creer el mecanicismo del siglo XIX, ante la fascinación por la exactitud con que los astrónomos predecían el movimiento de los planetas, tras que Laplace creara la mecánica celeste. El tiempo obligó al repliegue desde aquella posición extremada pero, tras los espectaculares triunfos de la biología molecular, nace ahora un nuevo mecanicismo que incorpora las probabilidades y promete el conocimiento total de las cosas vivas. Nótese la importancia que tiene aquí el adjetivo total: significa que ninguna pregunta sobre todo lo que hay en el mundo — incluyendo las cosas inertes, las vivas y hasta la mente — dejará de ser contestada con precisión y sin ambigüedad. Quienes así lo afirman opinan que existe una receta del universo, de modo que éste se explicaría con un ingente y complejo algoritmo — así llamamos los científicos a las recetas —. O sea con una secuencia enorme de operaciones realizadas de manera encadenada y en un orden prescrito. Tal algoritmo sería conocible en lo esencial y definitivo, aunque por tener pasos aleatorios no sea posible predecir los detalles del futuro. Pero encerraría todo el conocimiento, no habría nada más.

Es importante comprender que no es lo mismo tener una buena teoría del origen de la vida o de cómo funciona la inteligencia — a esto llegaremos sin duda — que saberlo todo. Para asegurar el conocimiento total no puede quedar olvidado ningún detalle; Laplace olvidó un pequeño término en sus ecuaciones del sistema Sol-Júpiter-Saturno; era realmente minúsculo, pero resultó luego que crecía con el tiempo — un caso del entonces desconocido efecto mariposa — hasta destruir sus pretensiones de totalidad.

La idea de la ciencia absoluta es, además, muy peligrosa pues es fácil deslizarse desde ella hacia el dogmatismo y el desprecio del individuo, el olvido del sujeto en palabras de Husserl. Por eso decía Feynman “Tenemos la responsabilidad de no dar ahora una respuesta final, porque estamos encadenados a los límites de nuestra imaginación de hoy”

La creencia en que el ser humano puede comprender total y absolutamente las leyes del mundo no es una consecuencia lógica ni científica de nada, sólo es postulado previo. A primera vista, el desarrollo de la ciencia en los últimos tres siglos parece confirmarlo. Es claro que nos dirigimos hacia el entendimiento de las leyes más fundamentales de la materia, del tiempo

y del espacio; pero ¿conocerlo todo?, ¿todo, todo? Hay dos posibilidades. Primera, que el postulado sea cierto y podamos llegar a entenderlo todo mediante una teoría final y definitiva. Si así fuese, descubrir todas las leyes de la naturaleza sería como descubrir América: se hace una vez y ya está. Segunda, que para seguir conociendo cosas cada vez más íntimas del mundo tengamos cada vez dificultades mayores, sin poder llegar nunca al auténtico fondo de las cosas. La búsqueda de la verdad sería como la subida a una montaña cada vez más escarpada y a cuya cima es imposible llegar porque, para empezar, no sabemos siquiera si existe tal cima.

El carácter experimental de la ciencia es un argumento muy fuerte en favor de la segunda: no podemos conocer un fenómeno sin someterlo a la experiencia. Tomemos el *big bang*, la gran explosión en que nació el cosmos. Con el LEP, el gran acelerador de partículas de Ginebra, es posible reproducir y observar las condiciones que reinaban en el universo hasta cuando su temperatura era de mil billones de grados, tan sólo una cienmilésima de microsegundo tras el tiempo cero. Pero, para entender cómo fue la explosión, hay que llegar mucho más cerca, al llamado tiempo de Planck y a una temperatura muchísimo mayor aún, y para ello habría que construir una máquina de 20.000 años luz de diámetro, unos 200.000 billones de kilómetros (algo infinitamente más difícil que viajar esa distancia). Eso es sencillamente imposible y lo seguirá siendo. Algunos creen que podremos prescindir de la experiencia, sustituyéndola por hipótesis cada vez mejores, hasta llegar a una teoría consistente que funcione bien. El problema es que esas hipótesis no podrían ser comprobadas. O sea, que incluso si una teoría fuese la final, nunca podríamos saberlo con certeza.

Sin duda ninguna será aconsejable por mucho tiempo seguir los consejos de Szymborska y de Feynman.